

impusieron ocho días de sueldo como castigo, y que se le apereció para que si nuevamente falta, quede cesante.

El Sr. Almagro dice que ya debía estarlo, pero que no lo está, porque ese guarda anda diciendo á voces que haga lo que haga, seguirá en su colocación mientras sea alcalde el Sr. García Serrano. El cual dice, claro es, que no es cierto eso, y termina el ruego.

Luego pregunta, el Sr. Almagro, que se ha hecho de una instancia presentada en el Ayuntamiento el día 5 de Abril, protestando de haberse provisto arbitrariamente la plaza de primer clarinete de la Banda Municipal y pidiendo que se celebre el concurso reglamentario. El alcalde dice que le contestará en la próxima sesión. Y no habiendo más asunto, *agita* la campanilla y da por terminada ésta.

No nos ha salido bien nuestro deseo. Nos hemos aburrido durante media hora que ha durado la sesión. No ha pasado nada interesante. Un concejal, que se obstina en denunciar faltas de un guarda, y un presidente que dice que *está bien* y no le hace caso.

Es una delicia ser concejal.

Y es una grave falta - según se ve - tener dignidad y «amor propio», porque tiene uno que renunciar á todos los cargos: por incompatibilidad, que es bien doloroso.



DEL HOSPITAL PROVINCIAL

ACTO SALVAJE



Enos denuncia un hecho, repugnante, inhumano, salvaje, para que nosotros desde las columnas de PERO GRULLO, lo pongamos en conocimiento del señor director de los establecimientos benéficos y del diputado visitador del Hospital.

Este es: Hace unos doce días ingresó en el Hospital Provincial Cándido Delgado; enfermo de parálisis, que fué instalado en la sala de San Agustín.

La enfermedad, impide á Cándido moverse y valerse por sí mismo para ciertas cosas de indispensable necesidad. Sin embargo, él, que quiere evitar en todo lo posible molestias á los enfermeros, intentó bajar de la cama para una urgente necesidad fisiológica y como la parálisis le imposibilita todo el lado izquierdo, no pudo conseguir su propósito y cayó al suelo.

Un enfermero, llamado Valeriano, de poco piadosos y humanitarios sentimientos, digno de vivir en la Otentocia ú otro país análogo y tratar con antropófagos y salvajes, recogió del suelo á Cándido Delgado y lo tiró con tal violencia sobre la cama que en vez de caer en ella, pasó sobre el lecho y fué al otro lado á dar con su cuerpo contra el pavimento, cayendo de bruces y lesionándose el rostro.

Esta es la denuncia que se nos hace.

El enfermero Valeriano, parece que trata á los enfermos todos como queda anotado y de ello se ha quejado un anciano que hay en la misma sala que Cándido Delgado, rogando que no se dijera nada para que no aumentasen los malos tratos.

Esto es intolerable, en absoluto; canallesco, inhumano. Un hombre sin corazón, sin sentimientos de caridad

y de compasión para el prójimo, un hombre que no tiene noción de lo que es hacer bien y de lo que es ser bueno no debe seguir desempeñando una plaza de enfermero en el Hospital Provincial.

Que se le deje libre del trato de los hombres si tanto le molesta, y que se tenga cuidado con él, porque son de temer sus malos instintos.

Rogamos encarecidamente al señor don José Maria Marín, Director de dicho establecimiento y al señor Diputado visitador del mismo, que abran una información acerca del asunto, y de resultar cierto, como parece indudable, tomen las más enérgicas medidas para evitar salvajadas como la que en las líneas anteriores hemos referido.

Eso hablará muy bien de su moralidad y de su rectitud evitando que se diga que en un establecimiento benéfico de Ciudad Real existe un dependiente que trata á los enfermos poco menos que á puntapiés.

¿Vivimos entre hombres ó entre fieras?



Hablando en tono zumbón cien asuntos *picotea* y con la ciencia en pelea á todos les da lección. Ocultando su afición diciendo que no quería desempeñó la Alcaldía. Y, sin dejar lo científico es un cacique político de los de mayor cuantía.



¡CHANCHULLO, CHANCHULLO!



OR el año de gracia de 1911, José Montés que desempeñaba la plaza de primer clarinete en la Banda Municipal de esta capital, tuvo que cumplir el sagrado deber de servir á la patria en las filas del ejército, y marchó á Madrid á incorporarse á su regimiento.

Como Montés es un entusiasta del divino arte de la música, ingresó en la banda de Ingenieros y al mismo tiempo comenzó á asistir á clase al Conservatorio, donde tiene siete cursos aprobados: tres de solfeo con la nota